



Andes

ISSN: 0327-1676

saramata@unsa.edu.ar

Universidad Nacional de Salta
Argentina

Wilde, Guillermo

Reseña de "Homogeneidad y Nación. Con un estudio de caso: Argentina, siglos XIX y XX" de Mónica Quijada, Carmen Bernand y Arnd Schneider

Andes, núm. 13, 2002, p. 0

Universidad Nacional de Salta
Salta, Argentina

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=12701316>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

HOMOGENEIDAD Y NACIÓN. CON UN ESTUDIO DE CASO: ARGENTINA, SIGLOS XIX Y XX.

Quijada, Mónica, Carmen Bernand y Arnd Schneider 2000 Madrid. Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

En términos generales, la historia política hegemónica de Argentina, particularmente la producida en Buenos Aires, ha sido y es todavía mayormente una historia sobre el pensamiento de las elites. La participación de los grupos subalternos, o si se prefiere los sectores populares, especialmente los grupos indígenas y negros, en los procesos de formación de la nación ha sido un tópico postergado o directamente omitido. Salvo excepciones estos temas fueron relegados a la periferia geográfica y académica. Esta realidad parece basarse en la adopción, o la herencia involuntaria, de la ficción de la Argentina blanca. En efecto, la historiografía porteña se ha desvinculado de la problemática de la etnicidad y ha evitado sistemáticamente el dialogo con otras disciplinas sociales. Esto ha conllevado una visión acrítica de sus propios presupuestos y, ciertamente, de su propia etnicidad.

Dada esta situación, la aparición de un libro como *Homogeneidad y Nación*, publicado por el Consejo Superior de Investigaciones científicas de Madrid bajo la dirección de una historiadora, Mónica Quijada, y dos antropólogos, Carmen Bernand y Arnd Schneider, es tan oportuna como atípica. Básicamente por tres razones. La primera es que trata en un mismo volumen sobre la población negra, indígena y europea en la formación de la nación argentina. La segunda razón es la amplitud del período considerado por los autores, que abarca desde el final de la colonia hasta la época contemporánea. La tercera razón es que deconstruye algunos postulados asumidos por el sentido común sobre la identidad argentina aceptados e incluso promovidos por los intelectuales desde fines del siglo XIX a esta parte. Uno es el de la Argentina de raza blanca y cultura europea. Otro, el del “*melting pot*” o crisol de razas.

El articulador central del libro es la relación cambiante del Estado (colonial y republicano) con la población negra, indígena y blanca. En el primer capítulo, Mónica Quijada describe las características de la acción del Estado para construir homogeneidad en un ámbito crecientemente heterogéneo. Señala que la imposibilidad de suprimir por completo la heterogeneidad se resolvió al nivel del imaginario, proponiéndose un colectivo de encuentro e integración. En el caso argentino, ese colectivo fue el de la nación “de raza blanca y cultura europea”. Mediante el proceso ideológico de “etnicización de la polity” se produjo la conversión de los grupos heterogéneos en una entidad única, representada como comunidad natural ligada a un territorio. En efecto, la hipótesis central de la autora es que la idea de territorio, heredada de la etapa colonial, fue resignificada en el nuevo contexto para incorporar a la población heterogénea y crear una ficción de homogeneidad. Sobre este punto vuelve en el capítulo final.

Especialmente en la segunda mitad del siglo XIX, el Estado cumplió un papel fundamental en la instrumentación de este paradigma desde arriba hacia abajo mediante la promoción de la educación universal, la uniformización lingüística, la unificación de la memoria histórica, la expansión de las prácticas asociativas, la consolidación del sistema eleccionario y la difusión de rituales y mitos que contribuían a reforzar un sentimiento de pertenencia colectiva. El primer esbozo de este discurso de la homogeneidad se realiza ya en la época colonial tardía en la que comenzó a verse como necesaria la integración entre indios y españoles. Sin embargo, la transición hacia nuevas formas de representación y legitimidad, es decir a un sistema plenamente moderno, arrastró una serie de ambigüedades ligadas a la tradición del Antiguo Régimen.

Los tres capítulos siguientes se centran respectivamente en los casos indígena, negro e inmigrante. En el segundo capítulo, Quijada relocaliza a la población indígena como actor político en diversos periodos desde la colonia hasta la republica. Refiere a la participación militar de este sector en los procesos revolucionarios, al problema del indio en la frontera y a la lógica de alianzas y conflictos propias de este espacio. Siguiendo una serie de trabajos sostiene que esta sociedad se mantuvo muy activa en los procesos políticos regionales. La autora hace un seguimiento de las continuidades y transformaciones de la política de asimilación del Estado respecto de esta población. Un postulado polémico particularmente polémico del capítulo es que más que una eliminación física, el Estado produjo una eliminación cultural de la población indígena del sur argentino. En esto el Estado se inspiraba en un criterio de tradición colonial que hacia hincapié en la diversidad cultural y religiosa más que en las diferencias fenotípicas. Siguiendo esa tradición es que el camino elegido para la asimilación fue principalmente la escolarización de la población indígena y el fomento del trabajo.

En el siguiente capítulo, Carmen Bernard analiza la situación de la población negra de Buenos Aires en el período que va desde 1777 hasta 1862. Se centra en los cambios y continuidades de la identidad de este importante sector de la población, definidos principalmente por sus relaciones con la política del estado y la sociedad dominante. Si bien la autora no omite el hecho de que se trataba de población sometida a un alto grado de violencia, destaca especialmente los recursos con los que contaba para moverse en la sociedad al igual que los mecanismos de defensa de su autonomía. Así por ejemplo una serie de actividades económicas como los oficios permitieron a esta población integrarse a la sociedad dominante e incluso organizarse gremialmente. También supo sacar ventajas de su participación en las milicias durante la revolución y el periodo rosista. Otras actividades, como la participación en cofradías, hermandades y sociedades africanas de ayuda mutua permitieron incluso la reproducción de los límites socioculturales de estos grupos en base a experiencias previas a la inmigración. La autora también explora los recursos jurídicos de los que disponían. Afirma que “los negros conocían las leyes y sabían manejarlas”, lo que constituye un índice claro de su integración a la sociedad dominante (p. 115). Cabe preguntarse que pasa con los negros en otras partes de Argentina y los circuitos regionales de mano de obra esclava. Pero este punto ciertamente escapa a los objetivos del ensayo.

En el cuarto capítulo, Arnd Schneider refiere a los grupos inmigrantes europeos en Argentina. Este sector es particularmente importante como base de lo que el autor define

como ‘etnicidad blanca’, generalmente omitido en los estudios sobre América Latina. El autor se centra especialmente en el caso italiano, que configura una particular identidad urbana en Buenos Aires, pero también aporta una serie de anotaciones respecto de los inmigrantes judíos, alemanes y españoles. Schneider propone una interesante periodización de la construcción de la diferencia en Argentina como eje vertebrador de su ensayo. Analiza la evolución de la idea de *melting pot* y en especial de la categoría de criollo a lo largo del siglo XX, teoría y término que se adoptaron definiciones cambiantes en las sucesivas generaciones de inmigrantes. El ensayo resulta, de a momentos, excesivamente metropolitano, en la medida que considera solo el caso de Buenos Aires, aunque reconoce el vacío sobre la inmigración en el “interior” del país. También plantea la necesidad de investigar las relaciones interétnicas entre los diversos grupos de inmigrantes.

En síntesis, para cada uno de los tres casos, el libro aporta e integra abundante bibliografía al igual que propuestas teórico metodológicas. Además, incorpora discusiones y polémicas en relación con supuestos y términos asumidos como naturales y unívocos por el sentido común. Es el caso del término “criollo”, tan extendido en el uso cotidiano. Particularmente claro en Bernand es el intento por definir las características una “agencia negra” integrando una serie de documentos inéditos y bibliografía reciente. Tanto en el caso de Bernand como el de Schneider se extraña una dimensión global que permita tener una idea mas precisa de los movimientos poblacionales internacionales y la ubicación de Argentina en este contexto.

En el capítulo final, Mónica Quijada critica la doctrina del *melting pot* y propone un modelo alternativo, el de la “alquimia de la tierra”. Esta metáfora da a entender que el territorio es la base del paradigma de homogeneidad en la medida que produce un “proceso de incorporación, agregación y modificación de elementos, donde las partes (individuos, grupos, tradiciones) interactúan sin que eso implique una fusión de componentes, pero reflejándose en una totalidad, sin fronteras internas, que se resuelve en el nivel del imaginario colectivo” (p. 179). En síntesis, la tierra otorgaba la condición de naturaleza “y confería singularidad al grupo humano que se asentaba sobre ella” (p. 192). Quijada subraya la importancia de la ciencia, en particular de la geografía y la antropología en la imaginación del territorio y los paisajes para la homogeneidad.

Si bien el modelo de Quijada resulta altamente sugerente cabe preguntarse hasta que punto se produce una “resolución” del problema de la heterogeneidad, incluso al nivel imaginario. Hacia del capítulo la autora afirma que “la etnicidad africana se ha invisibilizado, el componente indígena se ha difuminado en la ciudadanía y los remanentes comunitarios de este último origen sencillamente se ignoran” (p. 215). Esta conclusión quizás resulte excesivamente taxativa en el contexto presente. Si bien es claro que desde el punto de vista doctrinal o ideológico la idea de la asimilación cierra prolijamente, la práctica es mucho más compleja. Puede decirse que al nivel del imaginario, la idea de ciudadanía no fue verdaderamente resuelta y eso explica por ejemplo la reaparición de identidades indígenas que se suponían desaparecidas en Argentina (Huarpes, ranqueles, Onas, Kollas) que reclaman en la actualidad derechos de soberanía. En un registro parecido es interesante la observación de Bernand según la cual la “función identitaria” de los negros y mulatos del siglo XIX es desempeñada mas tarde por los inmigrantes provincianos

durante el gobierno de Perón, llamados “cabecitas negras”. Esta asociación resulta oportuna para señalar la complejidad de la práctica.

Por otra parte, no queda del todo claro en el libro como la idea del territorio cierra para el caso negro y inmigrante, al menos desde el punto de vista de la doctrina. Este punto deberá explorarse más profundamente en futuros estudios. Del mismo modo, habrá que detenerse más en detalle en comparaciones sugeridas por este libro y tratadas solo brevemente en el. La más interesante es con el caso de los Estados Unidos. Schneider sugiere por ejemplo que en Argentina, por contraste con los Estados Unidos, es la clase social y no la raza el aspecto que define la identidad nacional.

A mi juicio, *Homogeneidad y Nación* instaaura, de manera no siempre explícita, una discusión sobre los presupuestos acríticamente asumidos por la historiografía, la sociología y la antropología del último siglo. Revela como la “ciencia” clasificó y construyó realidades socioculturales y definió postulados que más tarde fueron adoptados por el sentido común. Efectivamente, para cada uno de los casos tratados por el libro, la “ciencia” estableció un cuerpo conceptual eficaz. En caso indígena, Quijada resalta el papel de la antropología y geografía del siglo XIX en la creación y la eliminación del indio en el imaginario colectivo. En el caso inmigrante, Schneider resalta que fue la sociología del siglo XX, en la figura de Gino Germani, la encargada de crear la ficción del *melting pot*. Por su parte Bernand, afirma que los negros, lejos de nutrir una reflexión etnológica, “por pertenecer a lo popular y no a lo exótico, di[eron] lugar a reflexiones literarias y folklóricas” (p. 139).

En conclusión, *Homogeneidad y Nación* es un libro inteligente, original y provocador que probablemente hasta el momento no haya recibido suficiente difusión y haya sido discutido en ámbitos académicos a escala nacional como correspondería. Esto en buena medida se debe al hecho de ser publicado por una editorial académica española con baja o deficiente distribución en América Latina, al menos en Argentina. Problema que será necesario subsanar en el corto plazo.

Así como la ciencia tuvo en su momento el rol de construir diferencias y definir paradigmas de comportamiento social, hoy tiene la función de criticar los supuestos que ella misma asume para reproducir ideas aceptadas académica y socialmente. Un cambio es necesario en la historiografía hegemónica. Queda la duda de si alguna vez se producirá desde adentro.

Guillermo Wilde
CONICET - Universidad de Buenos Aires